

y en el espejito
clarito del río,
piedrecitas mil
cantaban, cantaban,
como unas tenquitas
por la arena gris.

Esto, además de ser ingenuo, es de mal gusto.

Estrella Julio maneja con cierta soltura el verso de 6, 7 y 8 sílabas; pero cuando da a sus poemas el marco del endecasílabo le fallan las fuerzas, y el derrumbe es bien evidente.

Es sensible que en nuestra lírica no aparezca todavía el cantor de la infancia, que sepa decir a los niños cosas bellas en bella forma. La autora de estos poemas infantiles sólo ha hecho una tentativa malograda.

MIRRAS, por *Horacio Zúñiga*.

Poemas orfébricos, es el subtítulo que este poeta mejicano da a su libro. Y si no logra, en verdad, hacer de sus estrofas maravillas cinceladas, tienen en cambio el frío asombroso que los parnasianos dieron a su canto.

Fuera del tiempo—este poeta es el retrasado máximo—las «Mirras» (1) que aquí comentamos no dan el humo fragante de la poesía auténtica.

Con mucho de Pedro Antonio González y de Miguel Luis Rocuant, sin tener la riqueza expresiva del primero ni el intento grandilocuente del segundo, Horacio Zúñiga es, como ellos, hombre sin emoción.

Pasó el gran Rubén por los cami-

(1) Editorial Gómez Rodríguez, México, D. F., 1931.

nos literarios de España y de América, removiéndolos todos los valores; llegaron los estandartes de vanguardia, desconcertando no poco a los que no habían hallado su ruta verdadera, y este poeta mejicano se ha quedado con el parnasianismo, que ya no hace voltear la cara a nadie.

Transcribimos aquí su soneto «El corazón»:

—¿En vano todo?... No!; de la
[distante
pradera azul, cuajada de luceros,
siento venir presagios agoreros,
como caricias de mujer amante.

—¿Todo en vano?... Mentira!; en
[este instante
mis fervorosos ritmos vocingleros
me dicen de recónditos veneros
que tienen resplandores de dia-

[mante.
—¿En vano todo?... No!... Ni la
[fontana,
ni el ave, ni la miel embriagadora
son polvo estéril y miseria vana;
en todo un lampo de infinito, mora;
hasta en las sombras de la duda
]humana
palpita un Dios y un sueño y una
[aurora!

La lectura de estos versos trae insensiblemente al recuerdo los poemas que se escribían hace medio siglo, que hasta hace veinticinco años se leyeron con cierto interés, pero que ahora se escuchan con gesto compasivo y resignado.

LOS NOCTURNOS DEL FUEGO, por
Sarah Bollo.

Mujer emocionada esta poetisa del Uruguay que nos da con este bello libro de poemas la medida de su alto vuelo.

Fuera de las normas clásicas que fija la métrica, con expresión a veces áspera y anti-musical, el enjundioso contenido de su canto ritma bien con la forma libertaria—en ocasiones prosa, simplemente—que da a sus poemas.

Sarah Bollo no ha roto los moldes del verso para decirnos que su concepción artística está sobre la de todos los mortales, y no se requiere cultura quintaesenciada para penetrar la belleza de su obra, profundamente humana.

Riqueza sorprendente de imágenes tienen los poemas de esta mujer admirable, pero no constituye la imagen el único fin de su obra, toda llena de nervio y de lacia contextura, pues sabe que es sólo un recurso poético, y no el fin primordial del arte.

Entre lo mucho bello que tienen sus «Nocturnos del Fuego» (1), transcribimos aquí su «Balada de siempre y nunca»:

Te veo siempre a mi lado,
llama, lirio sin muerte.
Te veo siempre a mi lado;
laurel de niebla,
mi doliente canción nace en el río
[ardiente de tu mirada.

Ya nunca podrás morir,
raíz de sol hundida en el alma.
Ya nunca podrás morir;
cerrojo de oro, estás atado a mi vi-
[da, la llave cayó en el mar.
Te veo siempre a mi lado,
llama, lirio sin muerte.
Ya nunca podrás morir,
cerrojo de oro, la llave cayó en el
[mar.

Laurel de niebla, mi doliente can.
[ción.
Y tú, raíz del sol, cruzando de abis-
[mo a cumbre mi alma.

P. S.

LÍNEA DEL ALBA, POEMAS, por
Juvenal Ortiz Saralegui.

¿Qué es poesía? Hoy, menos que ayer, podemos encontrar debida respuesta a esta ingrátida interrogación. Y, lo que es peor, no sólo cuesta definir cumplidamente lo que es poesía, sino que se va haciendo difícil, también, el sentirla. A cada volumen de versos, ante cada poeta desmesurado y caótico, se quedan, al fin y a la postre, tendidas, y vacías, las manos de nuestra perpleja sensibilidad. En balde acondicionamos, inversamente, pacientemente, nuestro paladar a estos nuevos manjares, deseosos de encontrar en ellos el confortante sabor de la miel himeta, o el délfico aroma del laurel... o siquiera el retostado olor al humo del llar sagrado. ¡Nada, nada, señor!

No encontramos nada. No encontramos, en estos endiablados banquetes estéticos, más que un hermético tiesto informe, que hierve a fuego apagado, y en el que se cuece, como en la marmita de la bruja de *Mácbeth*, una cosa sin nombre. Y esa cosa sin nombre, es nada menos que la actual poesía, el arte de vanguardia. Un arte invertebrado, sin raíces sabias, con truncos pétalos en vez de flores. Un arte de artificios.

(1) Palacio del Libro. Montevideo, 1931.